



Homilía de 21 de marzo, 2021

5º Domingo de Cuaresma - 3er escrutinio

Muy Rev. J. David Carter, JCL, JV

*Muerte y vida*

El Coronavirus ha reforzado una cosa muy claramente para nosotros. Somos mortales. La muerte es una parte inevitable de la vida en el valle de las lágrimas que llamamos 'vida' en este mundo. Como ser humano, debemos aceptar esta realidad. El llamado "progreso" no tiene el poder de cambiar esto, no importa lo que afirmen los falsos profetas de nuestros días. El mito de la inmortalidad, sin Dios, es un ídolo que muchos erigen y adoran. Este ídolo ha sido asesinado muy fácilmente por un pequeño virus que ha confundido a aquellos que confían en la ciencia o el progreso para ser su dios. La ciencia es buena, pero tiene sus límites. El progreso es bueno, pero no es un bien absoluto. La realidad es que somos seres finitos con una vida finita. No importa cuán progresistas seamos, nunca alcanzaremos la perfección o la eternidad en este mundo. La muerte es inevitable. A veces empleamos diferentes mecanismos de afrontamiento para retrasar esta realidad. Uno es ignorar la muerte, como si no existiera. Uno es el estar fascinado con la muerte, una morbosa curiosidad que la disfruta en una manera asquerosa. Uno es temer a la muerte, vivir con ansiedad y miedo. Todos estos enfoques a la muerte tienen defectos de una forma u otra.

La sabiduría busca una forma sana de entender la muerte; para encontrar la paz frente a lo inevitable. La sabiduría nos lleva a comprender que el hombre está hecho para más de lo que esta vida ofrece. La sabiduría nos enseña que, aunque el cuerpo muera, el alma es inmortal y continuará en la próxima vida. La sabiduría nos enseña que el progreso hacia la perfección por nuestro propio poder es un mito y un ídolo falso. La sabiduría nos enseña que, si bien la investigación científica tiene su lugar y es muy beneficiosa para la humanidad, no tiene poder para salvarnos de lo inevitable. La sabiduría nos llega definitivamente a través de Dios, el Todopoderoso, eterno e inmortal. Aquel a cuya imagen hemos sido creados, se asemeja a nosotros en nuestra mortalidad para mostrarnos el camino por la muerte a la vida eterna. Jesucristo es la sabiduría de Dios hecha carne. Jesús se declara a sí mismo como la Resurrección y la Vida. Él declara que "el que cree en mí, aunque muera, vivirá, y todo el que vive y cree en mí, no morirá jamás". Jesús es la respuesta a la angustia existencial que sentimos ante la inevitabilidad de la muerte.

La invitación a creer en Jesús significa deshacerse de los viejos mecanismos de afrontamiento de ignorar, disfrutar o temer a la muerte. Creer en Jesucristo significa que no podemos ignorar la muerte. En cambio, debemos enfrentarlo con la esperanza que viene con la resurrección: ¡fuimos hechos para vivir y viviremos en verdad! Creer en Jesucristo significa que tampoco debemos estar demasiado fascinados con la muerte; no somos sádicos o masoquistas que disfrutamos del sufrimiento. Más bien somos valientes vencedores de la muerte; "Oh muerte, ¿dónde está tu aguijón?" Creer en Jesucristo significa que también estamos libres de la ansiedad y el miedo a morir. "Ya sea que vivamos o muramos, somos del Señor". "El que cree en mí, aunque muera, vivirá". Jesucristo nos brinda verdadera libertad para vivir en el presente porque no estamos ansiosos por el futuro. Estamos en las manos de Dios y Dios es un Dios vivo "que no desea la muerte del pecador, sino que se convierta y viva".

Hoy, los elegidos que se están preparando para los sacramentos de Pascua recibirán su tercer escrutinio. Por medio de la gracia de la conversión serán liberados de las cadenas de la muerte que atan el alma humana. Por el poder de Dios, oramos para que, así como Lázaro fue desatado de la tela funeraria, ellos también puedan ser "desatados" y "soltados" del miedo y la ansiedad. Oramos para que puedan recibir la Sabiduría de lo Alto y que puedan vivir como hijos del Dios Viviente. Nos hace bien a todos reflexionar sobre este gran misterio de nuestra salvación. Así como hemos saciado nuestra sed con el agua viva que es Cristo en el primer escrutinio y como hemos sido iluminados por Cristo y ahora vemos, en el segundo escrutinio, por Su gracia ahora podemos vivir plenamente como las criaturas inmortales que fuimos hechos en este tercer y último escrutinio antes de la Fiesta Pascual. Dejemos que las palabras de Martha sean nuestras: "Sí, Señor. Creo firmemente que tú eres el Mesías, el Hijo de Dios, el que tenía que venir al mundo"